

---

## Capítulo V.

---

### La guerra de Panuco.

Los sucesos, sin embargo, no ocurrieron como proyectaba Marina.

Cortés se había anticipado á Francisco de Garay.

Al frente de trescientos españoles de á pié, ciento cincuenta de á caballo y cuarenta mil mejicanos, se pusieron en marcha.

Peleó con los enemigos en Ayotuxtetlatlan.

La batalla se dió en una extensa llanura, y por esta razon llevaba gran ventaja Hernan Cortés sobre sus contrarios.

Los caballos causaron un destrozo considerable en los enemigos.

Murieron muchos mejicanos, y quedaron heridos cincuenta españoles y algunos caballes.

Cortés se detuvo allí cuatro dias para asistir al cuidado de los heridos.

Durante este tiempo llegaron caciques de algunas poblaciones inmediatas á prestarle obediencia.

Tambien le llevaban magníficos presentes.

Prosiguiendo su expedicion, llegó á Chila, distante cinco leguas del mar.

En este lugar habia sido desbaratadas las tropas de Garay.

Envió desde allí mensajeros por toda la comarca al otro lado del rio, rogándoles con la paz.

Los indios no aceptaron las amistosas proposiciones del caudillo de los españoles.

Se creian al abrigo de toda agresion, porque dominaban las lagunas.

Pensaban destruir fácilmente las huestes de Cortés, como lo habian verificado con las de Francisco de Garay.

El ilustre conquistador de Méjico esperó durante quince dias el regreso de los embajadores.

Viendo que no llegaban, se convenció de que habian sido víctimas de los enemigos.

Se decidió, pues, á darles la batalla.

Pero como no les podia dañar por tierra, porque estaban en las lagunas, buscó barcas, y en ellas pasó de noche, para no ser sentido, á la otra parte del rio con cien peones y cuarenta de á caballo.

Apenas amaneció se apercibieron sus contrarios de su llegada, y el combate comenzó.

Los indios cargaron sobre las tropas que manda-

ba Cortés con tal ímpetu, que los españoles no recordaban haberse visto con igual rudeza.

De los mejicanos perecieron más de diez mil.

También tuvieron que lamentar la pérdida de dos caballos, pérdida tanto más sensible, cuanto que no había medios de reemplazarlos.

Pero los españoles no desmayaron, é hicieron huir á sus enemigos, persiguiéndoles más de una legua y haciéndoles pagar caro el destrozo que habían hecho en sus filas.

Los vencedores se trasladaron á una aldea inmediata que encontraron desierta, y allí pernoctaron.

Al amanecer contemplaron un espectáculo que les aterrorizó.

Penetraron en los templos para ver si había alhajas ó algun objeto de valor, y vieron colgados en las paredes los vestidos y armas que llevaban los soldados de la expedición de Francisco Garay.

Horriblemente mutiladas reconocieron las cabezas de sus hermanos.

Tiras de pellejo alfombraban el pavimento.

A algunos de aquellos infelices les habían los indios desollado el semblante, y á otros les habían arrancado las barbas.

El pavor que se apoderó de todos en presencia de aquellos tristes despojos, les hizo recordar lo que los mejicanos les habían dicho respecto á la crueldad de aquellos feroces indios.

Cortés pasó desde este último punto á un lugar en el que todos los vecinos estaban escondidos en las

casas con el propósito de salir de repente y sorprender á los españoles.

Los que formaban la vanguardia del ejército adivinaron la red que se les tendía.

Quisieron avisar á Cortés; pero al verlos retroceder los que les aguardaban, salieron de sus escondrijos y pelearon con ellos.

Mataron un caballo é hirieron otros veinte.

Causaron también á los españoles muchos heridos y contusos.

El cansancio se iba apoderando del ejército de Cortés.

La lucha parecía no tener término.

Cuatro veces fueron rechazados los contrarios, y otras tantas se rehicieron.

Disparaban sus flechas y sus piedras en medio del mayor silencio, y cuando estuvieron fatigados, á una señal dada se arrojaron todos al agua y ganaron la opuesta orilla, en medio del asombro de sus combatientes.

Cortés se alegró de aquella resolución, que ponía término á la lucha.

Apenas cerró la noche, se volvió con todo su ejército al lugar.

Las provisiones empezaban á escasear, y los más glotonos casi se alegraron de que en la refriega hubiera perecido un caballo, por que podían utilizar su carne.

Le asaron en efecto, y todos cenaron con apetito.

Un momento despues se retiraban á descansar, y un sueño reparador se apoderaba de ellos:

La noche se pasó en medio de la mayor tranquilidad.

Al dia siguiente recorrieron cuatro pueblos enteramente desiertos.

Registraron las casas por si hallaban provisiones, y sólo encontraron muchas tinajas de vino.

El vino en aquellos paises, aunque abundan las viñas, no le hacen con su fruto.

Cuecen maiz, le añaden algunas yerbas olorosas, le apartan del fuego, y cuando ya está frio resulta una bebida muy gustosa y á propósito para aplacar la sed.

Mucho se alegraron de aquella adquisicion los españoles.

Anduvieron otros dos dias, y como hallaban mucha gente, volvieron al sitio donde habian fijado sus reales.

Los indios, que como hemos dicho anteriormente, ganaron á nado el rio, permanecian en la opuesta orilla.

No hostilizaban ya á los españoles, pero tampoco se entregaban.

Cansado el ilustre conquistador de Méjico de aquella situacion, mandó á los españoles, salir con todos los caballos y numerosos indios aliados á asaltar un lugar vecino á la laguna.

Así lo hicieron en efecto, y al verse acometidos los contrarios se rindieron.

Veinticinco dias tardaron los españoles en pacificar á los vecinos de toda aquella comarca.

Cortés fundó una ciudad al lado de Chila, á la que dió el nombre de Santistéban del Puerto.

Dejó en ella cien infantes y treinta de á caballo.

Les repartió el mando de aquellas provincias.

Nombró alcaldes, regidores y otros funcionarios que atendieran á su administracion.

Asoló á Panuco, Chila y otras poblaciones importantes por su rebeldía y por la crueldad que tuvieron con las tropas de Garay.

Por entonces se presentó Marina á Cortés, y le dió cuenta de las gestiones que habia hecho en su obsequio.

Como el candillo no debió su triunfo á la intervencion de la nidia, la recibió con frialdad y creyó cuanto le dijo un pretexto para acercarse de nuevo á él.

No sabia, sin embargo que su amada iba á librarle de la muerte un momento más tarde.

Al dirigirse Cortés á Méjico para ver en que estado se hallaba la reedificacion de la ciudad, apoyó sin pensarlo una de sus manos en un árbol al atravesar un bosque.

Era de noche, y no pudo ver que en el tronco de aquel árbol se hallaba enroscada una culebra.

Al sentir el golpe clavó sus dientes en la mano del caudillo, y al grito que exhaló este todos acudieron en su auxilio.

Encendieron una tea, y con asombro vieron que la culebra permanecía dormida en el árbol.

La mataron, y al reconocerla Marina lanzó un grito terrible.

Era de las más pozoñosas, y sólo una yerba que ella conocía podía destruir los perniciosos efectos que producía su virus.

Una casualidad había hecho conocer á la india el remedio para curar aquellas heridas.

Hallábase un día á la puerta de la casa donde vivía con su hijo, y vió que una culebra igual á la que había mordido á su amante se había apoderado de un pajarillo con el que jugueteaba.

Cuando creyó que estaba ya muerto, se alejó.

Entonces vió que otros pájaros que habían presenciado la escena desde lo alto de un árbol, picaban en sus hojas, y aplicaban aquellos fragmentos en las heridas que había causado la culebra á su infeliz prisionero.

Un momento después, el pajarillo empezaba á alejarse, y todo indicaba en él que recobraba la vida.

Marina, al ver á su amante dominado por la calentura, sintiendo agudos dolores, corrió á buscar el antídoto para curar su ponzoñosa herida.

Cuando Hernan Cortés volvió en sí, y supo que debía á su amada su restablecimiento, dirigiéndole una cariñosa mirada:

—Marina,—le dijo,—el cielo te ha puesto en mi camino para salvarme de todos los peligros.

»Si hasta ahora he podido alejarme de mis debe-



HERNAN CORTÉS.—... y con asombro vieron que la culebra permanecía dormida en el árbol.

res embriagado por la ambicion de gloria, en lo sucesivo me consagraré por completo á tí y te indemnizaré de mi desvío:

La jóven nada contestó.

Una lágrima de gratitud resbaló por sus mejillas, y una tierna mirada dió á entender á su amante lo feliz que le hacia con aquellas palabras.

Continuó el ejército su marcha, y al llegar á la ciudad de Méjico recibió Hernan Cortés una noticia que le entristeció infinito.

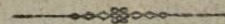
Un navío que desde la Veracruz venia con víveres y municiones, habia naufragado en una isla, cinco leguas de tierra.

De los que lo tripulaban, sólo tres habian podido salvarse.

Los infelices náufragos, faltos de víveres, se habian mantenido más de quince dias con lobos marinos, que salian á dormir á tierra, y con algunas frutas.

Por los múltiples sucesos de esta historia, se habrán convencido nuestros lectores de la especial proteccion que dispensaba á Cortés la Providencia.

Sólo así se comprende que pudiera soportar tan contrarias emociones.



## Capítulo XVI.

En el que entre otras cosas se dá cuenta de las dolorosas escenas que tenian lugar en la venta de esclavos.

Preocupado se hallaba aún el ilustre caudillo por las noticias que acababan de trasmitirle, cuando recibió aviso de que los habitantes de la parte Norte de Tututepec se habian rebelado, auxiliados por muchos pueblos vecinos á Panuco.

Supo que habian quemado más de veinte poblaciones de las que prestaban obediencia: y tanto por castigar aquellos atropellos, como por conservar el prestigio que disfrutaba entre sus aliados, dispuso salir á combatirlos.

Sin descansar de la jornada anterior, ordenó lo necesario para la marcha.

Con disgusto oyeron sus tropas aquella determinacion.

En la última campaña que habian sostenido no habian alcanzado beneficios pecuniarios, y acostumbrados á recoger abundante botín en todas las peleas, se hallaban desanimados.

Acataron, sin embargo, las disposiciones de su jefe, y emprendieron la expedicion.

Cuando llegaron á la ciudad, les esperaban sus defensores dispuestos á la lucha.

Acometieron los españoles con su acostumbrada valentía.

Rompieron por entre las filas de sus enemigos; pero aunque al pronto lograban destruirlas, se rehacian con asombrosa rapidez.

El combate era cuerpo á cuerpo, y los españoles recibieron muchas heridas.

Nada detenia, sin embargo, á los conquistadores, acostumbrados á vencer los mayores obstáculos.

Nada hacia retroceder tampoco á los bravos auxiliares á quienes daban de continuo tan brillante ejemplo.

Pero en aquella ocasion se las habian con gentes [decididas como ellos, que peleaban además en ventajosa situacion.

El combate debia ser, por lo tanto, encarnizado y fiero.

Las pérdidas de una y otra parte considerables.

Hernan Cortés, por fin, les obligó á reunirse.

Matáronle muchos indios de los que andaban rezagados.

Tambien sucumbieron doce caballos.

Los españoles cogieron más de quinientos prisioneros.

Se hallaban entre ellos el cacique de Tututepec y el jefe de las fuerzas militares.

Cortés hizo conducir á su presencia á estos dos últimos.

Una vez allí, les habló de este modo:

—No esperaba, en verdad, que los que me habian jurado amistad y obediencia habian de faltar á su palabra. ¿Quereis decirme qué motivos os han impulsado á ello?...

No se atrevieron á contestarle.

—Vuestro silencio,—prosiguió el caudillo,—me revela que comprendeis la enormidad de vuestro delito, y que esperéis, por lo tanto, el castigo merecido. Bien está... ¡Hola!—exclamó, llamando á los soldados que formaban su guardia de honor.—Conducid á esos miserables á lugar seguro, hasta que se determine lo que ha de hacerse con ellos.

Al día siguiente se levantó una horca en el centro de la plaza, y en ella terminaron su vida el cacique y el jefe de sus tropas.

Los demás prisioneros sufrieron diferente suerte.

Doscientos fueron vendidos como esclavos.

Los restantes puestos en libertad.

Doloroso espectáculo era en verdad el que ofrecia la venta de los esclavos.

Como si fueran reses, eran herrados, y en pública subasta se adjudicaban al mejor postor (A).

En las calles y plazas, convertidas en inmundos

bazares, regateaban el precio de las hermosas jóvenes americanas los soldados españoles, y acudian á insultar á los prisioneros sus feroces enemigos, los indios que formaban parte del ejército de Cortés

Allí, en medio de aquellos denuestos y de las obscenas chanzas de los compradores, exhalaban estériles amenazas los esposos, los padres, los amantes, que veian rasgar los velos de sus mujeres, de sus hijas, de sus amadas, para exponerlas desnudas al exámen de los mercederos, que palpaban sus carnes para conocer su mayor ó menor morbidez, su frescura más ó ménos intacta.

¡Miserias de la vida!

Algunas indias, pertenecientes á familias principales, que dias antes se adormecian en sus ricas hamacas, mecidas blandamente entre paredes de caoba al eco halagador de sus servidoras, se hallaban allí, en aquel lugar de vergonzoso tráfico, desnudas, mancilladas, aguardando como su mayor fortuna que el liviano antojo de alguno de los capitanes extranjeros las salvase de ser presa de la soldadesca desenfrenada, que suele hecer bienes comunes las adquisiciones de aquel género.

Escenas verdaderamente trágicas tuvieron lugar el día del mercado á que nos referimos.

Una bella esclava de catorce años, que se disputaron varios compradores, habia sido por último vendida á un español, que siempre era espléndido cuando se trataba de dispendios como aquel.

La ruborosa y afligida jóven fué presentada á su

dueño, que devorando las lascivas miradas sus nacientes atractivos, la dirigia palabras cariñosas, que no comprendia la infeliz; pero que la reanimaban pareciéndole proferidas con blando acento.

De pronto, cayendo la jóven de rodillas á los piés de su amo, señalaba con la mano á la opuesta parte de la plaza.

Un hombre robusto y de noble aspecto, forcejeaba por desasirse de los brazos de algunos soldados, que querian obligarle á seguirlos.

—¡Tatli, tatli! (1), —decia entre sollozos la desgraciada niña.

Comprendióla el español y compró á los soldados aquel esclavo para llevarlo consigo.

Agradecida la jóven, besóle los piés, regándolos con sus lágrimas, y corrió ligera como una gacela á abrazar á su padre, que era conducido á presencia del dueño.

Al recibirla en su seno, hizo aquel desventurado tan extrañas demostraciones de gozo, que llamó la atencion de los concurrentes.

Besaba los cabellos de su hija, como si quisiera devorarlos.

Clavaba en sus ojos miradas delirantes, y pasaba ambas manos por su torneada garganta, acariciándola con vehemencia.

De pronto un ligero gemido se escapó del pecho de la jóven.

---

(1) Tatli, quiere decir *mi padre*.

Sus delicados miembros se estremecieron.

Sus manos se crisparon encima de las que le sujetaban.

Sorprendido el comprador de la hermosa india, se acercó presuroso.

El esclavo, rechazando entonces el hermoso cuerpo de su hija, que se habia doblado en sus brazos como flexible lirio, arrojándose á los piés del inhumano español, exclamó con ronco acento:

—¡Tómala!

La linda sierva era libre ya.

Su odioso dueño sólo podia abrazar á un cadáver.

En aquel mismo tiempo, algunas horas despues, se ahogaba con su propia lengua un anciano venerable que uno de los capitanes habia comprado por seis mantas de algodón.